

Luis Roberto Peña Rubio

La primera vez que aprendí sobre Japón, fue cuando estaba en tercer grado. Mis hermanos y yo, gustábamos de ver caricaturas Japonesas durante las tardes, después del colegio. Nos llamó la atención las letras que siempre se mostraban, al inicio y al final de estos programas de televisión. Una de tantas tardes, le preguntamos a nuestra madre al respecto. “Debe ser japonés”, nos respondió y nos mostró un país llamado Japón, en una esquina del Mapamundi. A mis hermanos y a mí, nos impresionó mucho que algo que disfrutábamos todas las tardes, venía desde el otro lado del mundo. También nos impresionó que a pesar de la distancia y las diferencias culturales, todas las bromas, las historias, los principios morales y los valores mostrados, eran muy familiares para nosotros. Así nació y fue creciendo nuestro interés por Japón, a medida que nosotros crecíamos.

A esta temprana edad, uno de los valores que influyó en nosotros desde ese momento fue el que representa la palabra “Ganbaru”, trabajar siempre con perseverancia, mantenerse firme y hacer todo de la mejor manera posible. Con Ganbaru siempre en mente, fue posible para mí alcanzar el 9.1/10 en PAES y un promedio de 8.9 en la Universidad.

Años más tarde al encontrarme a cargo de la Coordinación de Proyectos Eco-Educativos de la Asociación Respuesta Ecológica, surgió la oportunidad de aplicar al curso, Eco-Tourism for the Sustainable Use of Natural and Cultural Resources, ofrecido por JICA. Me interesó mucho la temática a desarrollarse, debido a que podía adoptarla y adaptarla fácilmente a mi campo laboral.

A nivel personal, naturalmente me sentí muy motivado, a razón de mi afinidad por Japón. El mismo día que me enteré de esta oportunidad, empecé a preparar todos los documentos necesarios para la aplicación. Semanas después, me notificaron que había sido seleccionado. Ha sido de los momentos más felices de mi joven vida.

Al llegar a Japón y tener la oportunidad de interactuar con japoneses, la primera lección que aprendí proviene de la frase utilizada para presentarse: “Dozo yoroshiku onegaishimasu”, que se puede traducir como “Por favor trátame con amabilidad o con gentileza”. Se le expresa a la otra persona que deseamos ser tratados de esta manera y la otra persona nos expresa lo mismo, por lo que se alcanza un consentimiento mutuo. Descubrí que esta es una hermosa forma de mostrar el compromiso para tener una relación positiva, ya sea en la vida personal, en la universidad o en los negocios. Desde esas primeras horas en Japón, hasta hoy en día en El Salvador, cada vez que tengo la oportunidad de interactuar con un japonés, la amabilidad y la gentileza, siempre es notoria.

Llegué a Japón a finales de julio, pasando los primeros días en Jica Tokyo, justo a tiempo para disfrutar del Sumidagawa Hanabi Taikai, el festival de fuegos artificiales en el río Sumida. Me impresionó mucho observar tantas personas reunidas en un solo lugar, pero lo que más me impresionó fue lo siguiente: Miles de personas manteniendo las normas de orden y aseo, pero sin dejar de reír y disfrutar con familia y amigos.

En los siguientes días, tuve la oportunidad de conocer personas de distintos lugares del mundo, como Serbia, Georgia, Seychelles, Laos, Nepal y muchos otros países. Todos muy felices de estar en Japón.

Luego de una inducción en cultura y sociedad japonesa en JICA Tokyo, viajamos a Hokkaido, para dar inicio a nuestro entrenamiento en JICA Obihiro.

En Obihiro visitamos el Tokachi Millenium Forest, el lago Shikaribetsu y escalamos el Monte Higashi, donde nos encontramos con un grupo de niños de primaria, interactuando felices con la naturaleza.

Después nos desplazamos a Kushiro, para navegar en canoa en el Lago Toro, junto a un señor Ainu que compartió con nosotros historias y leyendas de la zona. Hicimos un recorrido montando caballos Dosanko en la Tsurui Dosanko Farm, siendo nuestro guía un amable ex salaryman de Tokyo, que dejó su vida en la capital para cumplir su sueño de convertirse en vaquero en Hokkaido. Caminamos por los humedales del Cabo Kirakotan, donde experimentamos la emoción y el buen augurio de poder observar Grullas japonesas. Visitamos el centro Kiritappu Wetland National Trust, donde pudimos observar distintas aves anidando alrededor de los humedales, pero a través de su moderno equipo de videocámaras, desde la comodidad del Centro Kiritappu.

Luego viajamos más al norte, al pequeño pero hermoso pueblo de Akkeshi, para aprender como las personas hacen uso de los recursos locales para ofrecer al público divertidos y educativos tours, además de preparar comida fresca y saludable, con los frutos del mar.

2 semanas después, regresamos a JICA Tokyo, donde visitamos el Ministerio de Economía, Comercio e Industria de Japón. Al día siguiente visitamos Chiba, para aprender sobre el Satoyama.

Posteriormente, viajamos a Kyoto, el lugar perfecto para aprender y observar como el turismo puede convertirse en la mejor herramienta para conservar y mantener vivas las tradiciones culturales. Tomamos lecciones de Ikebana y disfrutamos de la Ceremonia del Té. También dimos un paseo en tren, para luego tomar un bote en el Rio Hozu de Kameoka a Saga-Arashiyama.

Después de estas actividades, visité por cuenta propia el Kaburenjo de Kamihichiken y el distrito de Gion, donde tuve la oportunidad de observar la danza Kyo-mai, música de Koto y Gagaku, representaciones teatrales Kyogen y de marionetas Bunraku. Además pude conocer a amables Maiko-san y Geiko-san. La noche antes de despedirme de Kyoto, pude observar el Daimonji. Hermosos recuerdos que atesoro en mi memoria y corazón.

Una semana más tarde, viajamos a Okinawa. Como en Hokkaido, la principal lección que pudimos aprender y observar, fue la manera en que las comunidades, -esta vez en una región tropical- hacen uso de sus recursos culturales y naturales, y los ofrecen al público. De esta manera fortalecen y fomentan el desarrollo de sus comunidades, al mismo tiempo que conservan su medioambiente y modus vivendi. También tuve la oportunidad de observar el “Kyu-Bon” en distintas partes de la ciudad y nuestro guía local, el señor Miyagi, nos deleitó cantando acompañado de su Sanshin.

Luego de Okinawa, regresamos a Tokyo nuevamente, para presentar los planes de trabajo y concluir el curso.

Por cuenta propia, vistiendo mi Yukata, practicando una y otra vez como colocar el obi, y caminando con cuidado con mis Getas, tomé la iniciativa de asistir a la celebración del Obon en el Hibiya Koen. Me uní al grupo de personas, algunas con kimono, otras con ropa de trabajo, algunas bailando bien, y otras aprendiendo a bailar, al igual que yo, alrededor de la fuente iluminada. Una experiencia única y muy especial que disfruté tanto, que decidí asistir la noche siguiente. Para mi sorpresa, muchas de las personas que conocí la noche anterior, estaban presentes nuevamente, listos todos para bailar al ritmo del Marunouchi Ondo.

En mi grupo, tuvimos la buena fortuna de contar con un equipo extraordinario de capacitadores desde el primer día hasta el último. Durante el desarrollo del curso, un aspecto muy japonés llamó

mi atención: Cuando felicitamos a una instructora por su excelente dominio de la temática y facilidad para enseñar, ella respondió sonriendo “ie, mada mada desu”, “No no, aún me falta”. Aun siendo buenos, siempre se puede ser mejor. Esta es una de las lecciones que deseo practicar y enseñar por el resto de mi vida.

Japón me ha aportado muchas enseñanzas y conocimientos, que se han materializado en diversos ámbitos tanto profesionales como personales.

En el ámbito profesional, tengo el agrado de desarrollar proyectos eco-educativos en distintas regiones de El Salvador, basados en técnicas y experiencias, adoptadas y adaptadas según lo aprendido en Japón.

En el ámbito personal, Japón ha tenido un impacto mucho más grande. Japón no solamente influyó en mi infancia, en mi formación académica y en mi desarrollo como ser humano, sino que Japón y los japoneses me han inspirado a soñar en grande, a tener la certeza que el trabajo duro y la dedicación hacen milagros, y a entender que la paciencia y la perseverancia son necesarias para obtener resultados duraderos (石の上にも三年).

La suma de estas experiencias, ha revitalizado y fortalecido en mí, el espíritu de servicio abnegado y compromiso humanista, teniendo la plena convicción de que construimos un mejor futuro cada vez que decidimos trabajar más, esforzarnos más, estudiar más, aportar más y emprender más, en nuestro hogar, nuestra escuela, nuestra universidad y trabajo. Construimos un mejor futuro en el momento que decidimos hacer algo por el bien de todos.

Estos son los ideales que deseo compartir e inspirar en nuestra sociedad salvadoreña, como ex becario de Japón y como Presidente de la Asociación Salvadoreña de Ex Becarios de Japón.



